



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 9.^o

JUEVES 30 DE ABRIL DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL DOS DE MAYO DE 1808, por el conde de Toreno.—
AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y
DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL FI
LÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente
del ruso, (Conclusion, por Nicolás Gogol.—LOS AN
FITEATROS DE LA ANTIGÜEDAD.—LAS WILLIS, (traducción
del polaco), por Adam Mickiewicz.—EL TREN-MUJER,
por Rafael García Santisteban.—HISTORIA NATURAL: La
esponja.—PENSAMIENTOS.

EL DOS DE MAYO EN 1808

POR UN TESTIGO DE VISTA.

Amaneció el 2 de mayo, día de amarga recordación, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imagen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un presago é inesplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud escitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la Plazuela de Palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa extranjera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos infantes don Antonio y don Francisco. Por instantes crecía el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados de palacio que el niño don Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y las mujeres prorrumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo

que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmoción grave. Al ver al ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió éste que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela: *que nos los llevan*, fue embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walongas don Miguel Desmaisières y Flores; mas subiendo de punto la gritería y ciegos todos de rabia y desesperación, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat, prontamente informado de lo que pasaba, envió sin tardanza un batallón con dos piezas de artillería: la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecución de su orden. La tropa francesa llegada que fue al paraje de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su origen, sin previo aviso ni determinación anterior, hizo una descarga sobre los inmensos corrillos, causando así una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta por los mas distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la población entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia á falta de buenas se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacían fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron, y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de

tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo los franceses desaparecieron, y los inespertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fue de corta duración su alegría.

Los extranjeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitación de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y carrera de San Gerónimo, barriéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial á las órdenes del jefe de escuadrón Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque así lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Así asaltando entre otras la casa del duque de Híjar, en la Carrera de San Gerónimo, arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron también próximos á experimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevación. Salváronlos sus alojados. El pueblo combatido por todas partes fue rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas se arrojaron en medio de las filas francesas hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento: hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego: algunos tambien en vez de huir aguardaban á pie firme ó asestaban su último y furibundo golpe contra el jefe ó oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecía en sus cuarteles por orden de la junta y del capitán ge-

neral don Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entre tanto paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazón que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces y puestos al frente don Pedro Velarde y don Luis Daoiz abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos: el oficial Ruiz fue desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo: y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creía que los enemigos iban á admitir la capitulación, se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á don Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde: honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fue el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas ordenada...

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando particularmente en las encrucijadas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algun tanto con la consoladora idea de que por lo menos haria pausa la desolacion y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cogidos por los franceses y arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito á tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses despues de estar todo tranquilo habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas: muchos no las tenían, á otros solo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de Correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, fiadas en el convenio concluido con los jefes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuimos de los primeros á ser testigos de su ciega confianza. Llevados á casa de don Arias Mon, gobernador del consejo, con deseo de librar la vida á don Antonio Oviedo, quien sin motivo habia sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormia sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanaje y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiéndole á todo que una persona como el gran duque de Berg no podia descaradamente faltar á su palabra,

¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos tambien á nosotros en propia mano la orden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de don Antonio Oviedo. A duras penas penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de Correos donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le presentamos la orden del gobernador, y friamente nos contestó que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos: así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su adoptiva patria los grados y mercedes con que le habia honrado. En dicha casa de Correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun sin ver á los supuestos reos, sin oírles descargo alguno ni defensa, los enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de tantos años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon, que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares, lloraban la cruel suerte que habia cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma sazón que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial francés movido de sus ruegos y de su inocencia, espresados en la lengua estraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado le soltó, y aun no habia salido Oviedo del recinto del palacio, cuando oyó los tiros que terminaban la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretener con la relacion general un hecho que si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel con que perecieron muchos españoles, entre los cuales habia sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion destinaron el cercado de la casa del Principe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército francés, que friamente mandó asesinar, atraillados sin juicio ni defensa á inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entonces de preveer el orgulloso y arrogante Murat que años despues cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas, y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

EL CONDE DE TORENO.

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

Los naturales de la Gran Bretaña nos paseamos con indiferencia en el extranjero por dentro y por fuera de la casa de Dios con nuestros trajes de camino y con nuestros capotes de los ferro-carriles, condescendiendo á arrojar nuestros cigarros bajo sus pórticos afiligranados, como si estos grandes y antiguos edificios, fruto del genio, de la piedad y de la noble y activa fe de un millar de años, hubieran sido designados para servirnos de satisfaccion en un dia de fiesta especial para nosotros y para formar parte de los atractivos marcados en los viajes á precios reducidos al continente, de la compañía del ferro-carril del Sudeste. ¿Por qué tocan estas campanillas? ¡cuán absurdo es tener esas lámparas á la luz del dia! Murmuramos de los trajes de los sacerdotes, de las estatuas y de los cuadros, de las mujeres que se están confesando y hasta del incienso. Pasamos mirando fijamente á los santos y á los mártires en las vidrieras de colores, apresurándonos á ver las reliquias como si fueran modelos del diamante Koh-i-nur, ó una sirena ó un niño con dos cabezas bostezando y tratando de compras con los bedeles y preguntando si hay algo mas que ver. Viajeros ingleses, no teneis decoro, careceis de respeto para las cosas solemnes veneradas por millones de hombres, cuya creencia es distinta de la vuestra y que os debian mover á inclinar la cabeza humildemente en el templo de los católicos romanos y de los católicos griegos y aun en la mezquita de los turcos; porque si su fe y su creencia son distintas, ellos rezan á Allah con todo el fervor de su corazon. No tengais en cuenta que se arrastran encima de un tapiz y que vuelve su rostro hácia la Kaaba; están rezando y la mezquita está santificada por sus oraciones.

«La catedral de Maguncia, escribe en sus notas el hombre flaco, fue comenzada en 978 y concluida en 1009. El exterior algo bulboso y bizantino en sus contornos, á pesar de su color estraño y fuerte, es grandioso é imponente. El interior se halla en un estado muy estropeado, debido todo á los franceses, segun me informó el macero. La cosecha de maldiciones que un heredero de las ideas napoleónicas puede recoger en su paso por los países del Rhin, es de la mas asombrosa fecundidad. Parte del edificio fue quemado hace siglos, en 1190, y despues le han ido reparando en casi todos los estilos de arquitectura desde el gótico florido hasta el renacimiento, desde el el bizantino hasta el estilo del siglo XVIII y aun del dia. Allí hay innumerables tumbas á lo largo de la nave del templo y una abundancia de monumentos á los príncipes-obispos (que eran tambien electores) de Maguncia. Algunos de estos monumentos son obras esquisitas; los adornos góticos y las flores esculpidas en la piedra (que parecian mas bien cera ó tierra cocida) tienen encima soberbios pabellones de un relieve perfecto. Otros están aun mas cargados de adornos y se asemejan mas al estilo de Gibons; los hay tambien del último siglo, que son muy malos; varios de ellos podian haber sido erigidos tanto para cenotafios de marquesas del tiempo de Luis XV como para los obispos consagrados. Cuando miraba á las efigies de estos prelados ya difuntos con sus trajes suntuosos, con sus báculos cubiertos de joyas, sus sortijas por encima de sus guantes, sus sandalias bordadas, sus ricas mitras, sus rostros altivos, sus ojos medio cerrados, su nariz aguileña y su segunda barba; cuando veia sus escudos y las pomposas inscripciones en mal latin que hay debajo, se me venian á la imaginacion algunas reflexiones acerca de la vanidad de las cosas mundanas.

Nosotros nos quedamos encerrados una mañana en la catedral de Maguncia por espacio

de un cuarto de hora, pero no nos causó (á lo menos á mí) gran sentimiento nuestro encierro, porque tuvimos por compañeros de reclusión á las mismas bellas señoritas alemanas con su mamá, que encontramos abordo del *Príncipe de Prusia* el día anterior. Estaban mas encantadoras que nunca; su risa medio contenida y su charla me hicieron comprender que pertenecían á la comunión luterana. El hombre de la caja de hierro; maldita sea su imprudencia! estaba á punto de reprenderlas por su ligereza, pero yo arreglé bien pronto esta pequeña cuestión individual. Nuestro gordo compañero ha declarado que va á estar á media ración de vino del Rhin por una semana, porque prefiere mucho mas la cerveza; pero esto es como la fábula de la zorra y las uvas. Las señoritas y su mamá no iban acompañadas por el individuo que estaba con ellas en el buque, lo cual direis que era una buena fortuna; pero ¿de qué nos sirve esto? Hablan en alemán y el hombre gordo no conoce apenas media docena de palabras de este idioma; el hombre de la caja de hierro que realmente le sabe algo, se ha separado de mal humor, diciendo con toda claridad que no quería servir de intérprete. Las señoritas alemanas han salido luego de la catedral y no las hemos vuelto á ver.»

Después volvieron á almorzar á la fonda de Inglaterra, pagaron la cuenta, trataron de comprar algunos cigarros buenos y adquirieron un ciento como de prueba, los cuales salieron abominables. Después, porque el día estaba hermoso y el cielo azul, bebieron una ó dos botellas de Moselle y luego, porque el día era caloroso, se decidieron á reclinarse en sofás. Pero se despertaron varonilmente y vagaron mas por las hermosas calles de Maguncia y vieron á las muchachas bonitas con sus medias azules rayadas (que tan bien me parecen, decía el hombre flaco) y examinaron las estrañas y bajas carretas tiradas por pacientes bueyes; luego volvieron á la fonda y estuvieron en conversacion con el camarero, calvo, que se hallaba tan solitario en el vasto comedor, que el hombre gordo le llamó Robinson Crusoe, el cual los contó que tres semanas antes S. A., el príncipe de Metternich, se había detenido con su comitiva durante nueve días en la fonda, que era muy amable y que le había dado á él 20 florines; cuyo relato no pareció servir ni en lo mas mínimo para edificación del hombre de la caja de hierro, el cual «notó que la anécdota de los 20 florines era referida como una especie de invitación á la liberalidad de los viajeros que partían, y además que apenas se había detenido en ninguna fonda alemana sin oír decir que el príncipe de Metternich había estado allí ó que era esperado al día siguiente. Es lo mismo que viajar en posta por la Rusia; los caballos están siempre tomados para el príncipe Gallitzin, y creo, concluyó diciendo el hombre de la nariz colorada, que el príncipe de Metternich no es mas que un comerciante aristocrático. Es muy bueno hablar de que ha gobernado con una vara de hierro el imperio austriaco por espacio de muchos años y que rehusó bajarse á coger el sombrero que había dejado caer Napoleón, pero os digo que es un viajero que comercia con sus propios vinos.»

Luego atravesaron el Rhin por una aldea, la amada Maintz-Castell, en los dominios de S. A. S. el elector de Hesse-Cassel; después, no alcanzando el tren que iba á Wiesbaden, fueron en otro por un país risueño, cuyos campos estaban plantados alternativamente de viñedos y de tabaco, cuyas estaciones estaban pintadas con las rayas fantásticas con que á los potentados menores de Alemania les gusta adornar sus edificios públicos desde las casas de posta y empalizadas, hasta las garitas de los centinelas y las barracas y llegaron á Francfort sobre el Mein.

Pero antes estuvieron en Hockheim, de donde viene el delicioso vino de este nombre. El hombre flaco tuvo un sueño en Hockheim; había estado con pereza desde el almuerzo, y

sus compañeros participaron tambien de su propensión al sueño, por lo cual durante algunas millas durmieron con el sueño de los justos. El hombre flaco soñó; soñó un paraíso, pero no un paraíso de luz y de música, sino uno de una clase mas material, y esceptuando la falta de las *houries* en él, era bastante análogo al de Mahoma. Era un paraíso de vinos el que veía, pero ¡qué paraíso y que vinos! Todo el repuesto de la famosa bodega de la posada de los Tres Moros de Augsburgo parecía haber sido sacado para llenar las filas del ejército de botellas que hacia cabriolas, brillaba, bailaba y oscilaba alrededor de sus ojos engañados por el sueño. Allí había vino de Rudesheim y de Marcobrunn; allí estaba tambien el noble vino de Aftenthal, el colorado Assmanshauser, el balsámico Liebfraonilch, el modesto Pisporter, el refrescante Geisenheimer, el aristocrático Steinberg, el inapreciable Schloss Johannisberg y el imperial Tokay, que solo le beben potentados como el baron de Rothschild y el príncipe Esterhazy. Todos ellos brillaban y parecían pedir que los echaran en vasos de cristal de Bohemia, de forma estraña, y el hombre flaco empezó á murmurar en su sueño diciendo que le llevarán un saca-tapones, hasta que el ruido bronco del tren cesó, y voces alemanas y desagradables anunciaron á los viajeros que habían llegado á Francfort.

En esta bella ciudad no permanecieron mas que muy poco; vieron sus hermosas casas á eso de las cinco de la tarde y las dejaron á las ocho. Los tres viajeros estaban destinados á volver á la ciudad imperial antes de que concluyeran sus tres semanas de día de fiesta. Reservo para el capítulo próximo la descripción de la famosa calle de los Judíos, del recibimiento entusiasta que encontró el hombre gordo entre los niños de los judíos, de las fuentes de Medusa y de Holofernes, de la iglesia de la colegiata, del punto donde los emperadores del santo imperio romano eran proclamados, de los leones de la ciudad de los Césares, del seminario, y de la enorme entidad financiera de los señores Rothschild é hijos.

Al salir de la estacion se metieron en un espacioso vehículo que parecia una silla de manos hidrónica, sobre ruedas, y fueron á la casa de postas; porque tanto el hombre gordo como el de la caja de hierro, se habían estado lamentando desde que salieron de Colonia, que no habían tenido tiempo de echar sus cartas al correo. Ambos habían cubierto una porción de pliegos de papel con letra muy metida y líneas cruzadas en todas direcciones, mientras estuvieron en el salon del buque que los condujo por el Rhin, y ambos se manifestaron muy inquietos y disgustados por no haber echado sus cartas en el buzón. El hombre gordo dió á entender que corría ciertos peligros si no escribía por lo menos cuatro veces cada semana, y el hombre de la caja de hierro declaró lisa y llanamente que correría sangre si dejaba de escribir á Inglaterra otro correo. No explicó cuál seria la sangre que había de correr; pero por alusiones á una cierta Julia, parece que era por causa de esta dama, por lo que había de correr la sangre.

La casa de postas en Francfort, no es meramente un establecimiento para pagar las cartas ó ponerlas en lista; es un patio ancho en el que hay cuadras ó cocheras, sala de descanso para los viajeros y una oficina de registro para los equipajes; allí hay caballos, postillones y ciertos carruajes pesados, mal contruidos y viejos con grandes ruedas y la caja pintada de encarnado ó de amarillo, dividida en varias partes como las antiguas diligencias francesas que acostumbraban á emplear para ir á Versalles. En pocas palabras, de la casa de postas de Francfort salen correos y estafetas para varios puntos de Alemania. Las vías férreas harán que disminuya su número anualmente y la línea del Rhin al Neckar que se está construyendo ahora, hará que cesen dentro de poco; pero mientras tanto hay sin embargo muchos puntos del interior del país donde las

visitas de estos grandes coches de color amarillo ó encarnado son bien recibidas.

En el patio, á las cinco y media de la tarde, había algunos viajeros masculinos y femeninos que subían al imperial de uno de estos vehículos, al cual se hallaban enganchados cuatro caballos flacos y estenuados de condición miserable, guiados ahora por un látigo muy sonante. Antes de que el coche partiera, los compañeros del hombre de la caja de hierro que habían ido á ver si tenían alguna carta por casualidad, descubrieron á este hombre misterioso en animado coloquio con un enano, que aunque completamente imberbe y de tez muy fresca, parecia tener una edad avanzada. El enano era un elegante esquisito y llevaba á un lado una especie de cartera de viaje como la del hombre gordo; debía complacerse mucho en hablar con el hombre de la nariz colorada, ó éste se complacia con él, porque ambos estaban hablando, riendo, gesticulando y dándose mutuamente el fuego del cigarro; y cuando el enano fue llamado por el conductor para que fuera á ocupar su asiento en la banqueta de la diligencia que partía, dió un afectuoso apretón de manos al hombre de la caja de hierro y pareció inclinado á dar un salto para echarle los brazos al cuello y estamparle un beso en cada mejilla.

—¿Le conoceis? le preguntó el hombre flaco cuando salían de la casa de postas. ¿Es el conde Boniowski que ha venido, ó es el tatarabuelo del general Tom Pouce?

—No le había visto en mi vida, replicó el hombre de la caja de hierro. Habla muy bien el francés; me invitaba á que fuera con él á tomar agua de kirsch y salchichon, y parecia inclinado á pedirme que me detuviera una semana con él. Vive en la calle de Federico; ahora va á Homburgo.

—Creo que quereis decir á Hamburgo, sobre el Elba.

—Quiero decir á Homburgo, replicó el hombre de la caja de hierro; á Homburgo que no está sobre ningun río sino al pie de las montañas de Taumos.

—Bien, ¿y qué mas acerca de Homburgo? preguntó el hombre flaco con tono altivo.

—¿Qué mas? replicó el escitable hombre de la caja de hierro, ¿qué mas? ¡Mas felicidad, mas juventud, mas belleza, mas esplendor, mas alegría delirante y mas lujo! Y el hombre de la caja empezó á recitar unos versos.

—¡Detenedle, detenedle! gritó el hombre gordo. ¡Ha tomado opio y está loco!

—Si continúa esa inconveniente conducta en la calle mas pública de la opulenta y respetable ciudad libre é imperial de Francfort, repuso el hombre flaco, en ese caso os advierto que vuelvo inmediatamente á Inglaterra y os dejo seguir vuestro camino de la manera que mas os acomode. Así, pues, continuad de un modo racional si podeis.

El hombre de la caja de hierro continuó, en efecto, de un modo racional y los dió unas noticias tan brillantes de Homburgo, punto situado á ocho millas de Francfort, en uno de los sitios mas encantadores de Europa, que el hombre gordo exclamó: ¿por qué no vamos á Homburgo esta misma noche? podremos volvernos atrás si nos parece. El hombre flaco no se opuso á ello y de comun consentimiento de los tres, volvieron á la casa de postas y por florin y medio tomaron tres billetes del coche que debía salir para Homburgo á las ocho de aquella misma noche.

No comieron en la mesa redonda de la fonda de Rusia, sino que fueron á tomar un refrigerio que escogieron de la lista en una hostería francesa en el jardín, sobre una pequeña mesa verde á la sombra de algunos tilos. Y el hecho es que antes de acabar su refrigerio el hombre flaco pidió una botella de champagne, llenó los vasos de sus compañeros de este líquido espumoso y echó este estraño brindis: ¡vamos á Homburgo, á Homburgo!

(Se continuará.)

JORJE AUGUSTO SALA.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

(CONCLUSION.)

Y Tomás echó á andar.

Esperó á la hora de despues de comer cuando todas las gentes de la casa acostumbraban á irse á dormir á los graneros con la boca abierta, y á roncar y á dar tales resoplidos, que la casa resonaba como una fábrica. Por

fin llegó el momento; hasta el anciano Javtukh cerró los ojos. El filósofo se levantó temblando, y deslizándose como un lobo, se fué al jardín, desde donde le parecia mas fácil salir al campo. Este jardín estaba abandonado á las plantas salvajes, y por esta circunstancia era favorable á cualquiera empresa secreta. Excepto un solo sendero formado por las pisadas de los de la casa, todo el suelo estaba cubierto de cerezos silvestres, olivos y cardos de la estepa que estendián sobre las demás plantas sus grandes tallos coronados de espinas; la

hiedra cubria como si fuera una red toda esta confusion de arbustos y de malezas; sus ramas se estendian mas allá del cercado cayendo al lado de allá en pelotones movibles; detrás del cercado que formaba el límite del jardín, crecia tambien un matorral espeso de altas retamas y malezas en las que probablemente nadie habria penetrado jamás. Cualquier segador mal aconsejado que hubiese llegado á atacar sus tallos nudosos, hubiera sido reducido á átomos.

Cuando el filósofo pensó atravesar el cerca-



Martires cristianos entregados á las fieras en el coliseo de Roma.

do, sus dientes empezaron á rechinar y su corazón latió con tal violencia, que llegó á alarmarse. Su largo traje parecia pegado al suelo como si le hubieran clavado y creia oír una voz aguda que le gritaba en los oídos: ¿á dónde vas?

El filósofo se metió en la espesura tropezando á cada momento con los troncos caídos y poniendo el pie sobre un topo á cada paso. Vió que si llegaba á salir de este bosquecillo no tenia mas que cruzar un campo del lado de allá, del cual se estendia un bosque de matorrales donde se figuraba que estaria seguro y que creia que conducia al camino de Kiew. Atravesó el campo rápidamente, y bien pronto

llegó al bosque de matorrales, aunque no sin dificultad, y dejando un pedazo de su castán en algunas esquinas. Un sauce de copa redonda se elevaba en el centro; sus ramas descendian hasta el suelo, y un pequeño manantial fresco y brillante brotaba en la yerba. El filósofo se echó de bruces y bebió á grandes tragos, porque estaba desesperadamente sediento.

—¡Qué hermosa agua! dijo empujándose los labios, seria agradable permanecer aquí.

—No, mas vale continuar corriendo, porque tal vez nos persiguen.

Estas palabras resonaron sobre su cabeza y se levantó prontamente. Javtukh estaba delante de él.

—Maldito Javtukh, se dijo á sí mismo el filósofo con rabia; con qué gusto te cogería por los pies y rompería tu horrible cabeza contra un árbol.

—Te podias haber ahorrado la pérdida de tiempo en dar vueltas, dijo el cosaco tranquilamente. Hubiera sido mejor que escogieras el camino que va por las cuadras; es lástima, de verás, que te hayas roto el castán, porque no está malo; ¿á cuánto te costó la vara de la tela? Vámonos á casa, porque tenemos bastante que andar.

El filósofo volvió pies atrás cabizbajo, siguiendo á Javtukh. —Es evidente que la hechicera me va á reducir á polvo, se decia; pero



El Prado de Madrid el día Dos de mayo de 1808.

después de todo, ¿qué tengo que temer? ¿No soy un cosaco? Ya he rezado dos noches; Dios me ayudará en la tercera. La hechicera debe haber cometido tales crímenes, que el diablo mismo toma parte en ellos.

Cuando entró en el patio de la casa se hallaba dominado de pensamientos de esta clase. Buscó á Doroch, que gracias al favor del despensero, tenía entrada en la bodega, para que le diera una botella de aguardiente, y ambos

se sentaron en el suelo y se bebieron casi medio cubo, de tal modo que el filósofo exclamó súbitamente:

—¡Que vengan músicos! ¡necesito músicos, músicos!



El Dos de mayo.—Muerte de don Luis Daoiz.

Y sin esperar á que vinieran empezó á bailar el *tropak* en medio del patio y bailó tanto tiempo, que las gentes de la casa que habían formado un círculo alrededor suyo, como es

costumbre hacerlo en tales ocasiones, acabaron por manifestar disgusto yéndose unos tras otros á sus faenas diciendo:

—¡Hé aquí un hombre que baila mucho!

El filósofo acabó por caer al suelo y quedarse dormido allí mismo. Fue necesario echarle en la cabeza un cubo de agua fría para que se despertara para cenar.

Durante la cena no cesó de jactarse de ser cosaco y de repetir que un cosaco no debe temer nada de lo que hay sobre la tierra.

—Vámonos, que ya es hora, dijo Javtukh.

—¡Que Lucifer cargue con tu lengua, perro maldito! dijo el filósofo para sí, después de lo cual se levantó añadiendo: vámonos, pues.

En el camino para ir á la iglesia el filósofo fue mirando de reojo á Javtukh, y trató de entablar conversacion con él; pero este guardó silencio y Doroch mismo no estaba de humor de hablar; los lobos aullaban á lo lejos, y aun el ladrido de los perros tenía algo de triste.

—Parece como si no fuesen los lobos los que aullan, sino otra clase de animales.

Javtukh permaneció en silencio, y el filósofo no halló nada mas que decir. Llegaron á la iglesia y entraron bajo sus antiguos arcos cuyo estado estropeado probaba cuan poco se ocupaba de las cosas espirituales el señor del pueblo. Javtukh y Doroch se fueron como de costumbre, y el filósofo se quedó solo.

Todo en derredor suyo estaba lo mismo que el día antes. Tomás se detuvo un momento; el ataúd de la terrible hechicera estaba inmóvil en medio de la iglesia.

—No tendré miedo, no tendré miedo, repetía Tomás.

Apresuradamente trazó en derredor suyo su círculo de defensa y empezó á repetir sus exorcismos. Reinaba un silencio imponente; la llama vacilante de las hachas llenaba la iglesia de una luz amarillenta. El filósofo volvía hoja tras hoja hasta que repentinamente echó de ver que estaba leyendo otra cosa distinta de la que había en el libro, entonces hizo la señal de la cruz y se puso á cantar sus oraciones, lo cual le tranquilizó un poco; cada vez iba animándose mas é iba volviendo las hojas una tras otra, cuando de pronto en medio del silencio la tapa de hierro del ataúd estalló con gran estruendo y la hechicera muerta se levantó mas horrible que nunca. Sus dientes rechinaban violentamente; sus labios estaban contraídos por convulsiones y los conjuros que pronunciaba con palabras extrañas, eran interrumpidos por gritos agudos y penetrantes. Un torbellino que se levantó en la iglesia hizo pedazos las maderas de las ventanas y las santas imágenes cayeron al suelo. La puerta fue arrancada de sus goznes y una multitud innumerable de monstruos penetró en el santuario. Un ruido confuso de alas y de cuerpos chocando unos con otros se sintió en seguida en la iglesia. Esta multitud, corria, se agitaba y volaba dirigiéndose de todas partes hacia donde estaba el filósofo.

Los últimos vapores de la embriaguez se habian desvanecido en la cabeza de Tomás. Empezó á hacer la señal de la cruz una vez tras otra, balbuceando sus oraciones; pero al mismo tiempo sintió que toda esta tropa de monstruos estaba tocándole casi con las estremidades de sus alas, de sus garras y de sus horribles colas. Tomás no tuvo valor para mirarla con firmeza; únicamente distinguió un horrible demonio cuya corpulencia ocupaba casi la pared que estaba en frente de él. Estaba cubierto con un pelo largo y rizado, y le miraba con dos ojos grandes é inmóviles levantando apenas sus párpados. Encima de él había en el aire una especie de vejiga enorme cubierta de innumerables colas de cangrejo y garras de escorpión, á las que estaban pegados aun algunos terrones negros. Todos miraban hacia donde estaba Tomás, todos le acosaban, pero ninguno de ellos podía verle ni tocarle, porque estaba protegido por el círculo mágico que habia trazado en derredor suyo.

—¡Traed al rey de los gnomos! gritó la muerta, ¡traedle! en aquel momento reinó el mas profundo silencio en la iglesia. Poco después resonaron gemidos á lo lejos y se oyeron pasos pesados en el pavimento. Echando una mirada hacia abajo el filósofo vió que traían una especie de hombre de baja estatura, tripudo y con las piernas torcidas; todo su cuerpo estaba cubierto de tierra; sus pies y sus manos parecían raíces llenas de nudos, andaba

con dificultad y tropezaba á cada paso. Las largas pestañas de sus párpados cerrados llegaban hasta el suelo. Tomás observó con espanto que su rostro era de hierro. Los monstruos que le sostenían por debajo de los brazos le condujeron precisamente hacia el sitio donde estaba el filósofo.

—Levantadme los párpados, porque no veo, dijo el rey de los gnomos con voz cavernosa y toda la multitud se apresuró á levantárselos.

—¡No mires! le gritaba á Tomás una voz interior, pero él no tuvo fuerza para dominarse y miró.

—¡Allí está! gritó el rey de los gnomos, apuntándole con el dedo.

Y toda la inmundicia multitud se precipitó sobre el filósofo con la rapidez del relámpago. En una agonía de horror el filósofo cayó de su reclinatorio y quedó muerto en el acto. En aquel momento se oyó el canto del gallo; era la segunda vez que cantaba, aunque los gnomos no le habian oído la primera. En su espanto se precipitaron inconsideradamente por las puertas y ventanas; pero era demasiado tarde; todos ellos quedaron fuertemente clavados en las puertas y ventanas por donde habian tratado de escaparse. El sacerdote que fué al día siguiente á rezar el oficio de difuntos, no se atrevió á pasar el dintel de la puerta, que quedó de esta manera siempre después con los monstruos clavados en sus sitios que no abandonaron jamás, cayendo allí podridos y desapareciendo entre las malezas silvestres que habia alrededor de la iglesia. Nadie puede encontrar en el día el camino que conduce allí.

El rumor de estos acontecimientos se extendió hasta Kiew, y cuando el teólogo Haliava llegó á saber el desgraciado fin del filósofo Tomás Bruto, estuvo meditando sobre ello por espacio de una hora entera. Grandes cambios se habian verificado en su suerte en este intervalo; la fortuna le sonreía; habia sido nombrado campanero del campanario mas alto de la ciudad, y jamás se mostraba en público sin las narices rotas, porque la escalera del campanario estaba terriblemente mal construida.

—¿Has oído lo que le ha sucedido á Tomás? dijo Tiberio Gorobetz acercándose á él. Tiberio era ya filósofo y llevaba bigote.

—Es la voluntad del cielo, dijo el campanero; vamos á la taberna, beberemos á su memoria.

El nuevo filósofo que habia empezado á hacer uso de sus privilegios con todo el fervor de un entusiasta, por lo que su castán, sus pantalones y hasta su gorro oían poderosamente á tabaco y á aguardiente, aceptó en el momento la proposición de Haliava.

—¡Qué excelente hombre era Tomás! dijo el campanero cuando el mozo de la taberna hubo puesto el tercer jarro delante de él. ¡Qué compañero tan completo! ¡y ver cómo ha perecido por una tontería!

—Yo, yo sé la causa de ello; es porque se asustó; si no se hubiera asustado la hechicera no le hubiera hecho mal alguno. En estos casos se necesita únicamente tratar de escupir sobre la cola del diablo, después de haber hecho la señal de la cruz; yo lo sé, porque aquí en Kiew todas las mujeres que venden bollos y frutas son hechiceras.

El campanero hizo una señal afirmativa con su cabeza, pero como advirtió que su lengua no podía ya moverse dentro de su boca, se levantó con cautela y echó á andar con paso vacilante para ocultarse en la espesura de un bosquecillo; pero siguiendo su segunda naturaleza, no dejó de robar la suela de una bota que habia sobre un banco de la taberna.

NICOLAS GOGOL.

LOS ANFITEATROS DE LA ANTIGÜEDAD.

El anfiteatro mas antiguo de Roma, segun Plinio, se remonta al tiempo de Julio César.

Hízolo construir Cayo Escibonio Curion para celebrar los funerales de su padre, y era de madera formando dos teatros, *amphi-theatros*, muy estensos, unidos entre sí y giratorios sobre un eje. Por la mañana, y durante las representaciones cómicas, permanecían las dos partes adheridas ó yuxtapuestas, de suerte que presentasen á la vista los dos teatros, uniéndose de repente por los dos diámetros, que confundíendose en uno, formaban el anfiteatro, donde combatían los gladiadores.

Mandó César mas adelante construir un edificio de madera, semejante á los dos teatros de Curion. Segun Tácito, un ciudadano llamado Atilio construyó en Fidenes un anfiteatro de madera; pero se hundió, como el teatro de Atenas, de que habla Suidas, produciendo al desplomarse tal estrago, que mas de 50,000 personas fueron muertas ó heridas. Moviérase semejante catástrofe á Estatilio Escauro, amigo de Augusto, á que levantara en el campo de Marte y dedicase al César el primer anfiteatro de fábrica de que se hace mencion. Fue este edificio presa de las llamas en tiempo de Nerón, y restaurado y demolido mas adelante, como observa Batissier.

Hicieron los emperadores merced á la ciudad eterna de otros anfiteatros, cuyas ruinas aun se conservan; pero el mas suntuoso de aquella gran metrópoli y de todo el mundo romano, es el apellidado *Coliseo*, por sus proporciones verdaderamente colosales.

Ninguno le escedió en hermosura, riqueza y magnitud; y á pesar de su inmensa mole fue terminado, segun autores auténticos, en el espacio de dos años y nueve meses, lo que aun teniendo en cuenta los poderosos recursos de Roma, parecería inverosímil, á no haber visto que otro emperador contemporáneo acababa de realizar en casi el mismo ó menos tiempo las tres cuartas partes del palacio mas gigantesco quizá que posee Europa. Sábese que el *Coliseo* lo empezó Vespasiano y lo acabó Tito, quien celebró su dedicatoria en el año 87 de la era cristiana.

Supónese en este período de Flavio Vespasiano y Tito la fundación de muchos anfiteatros. Créese en efecto que el de Nimes se erigió en esos reinados, aunque no falta quien lo atribuya á Agripa ó á los Antoninos. Segun opinan que el de Verona se debe á Maximiano, aunque algunos lo remontan á Augusto. El de Burdeos, llamado *Palacio de Galieno* ó *Palais Galien*, fue construido en 257, siendo Tirico, senador romano, gobernador de la Aquitania. El de Lyon le atribuyen los franceses al emperador Claudio. Nardini cita un anfiteatro de Trajano, de forma circular y construido en Roma sobre el campo de Marte, edificio que se destruyó en tiempo de Adriano.

A estos dos Césares atribuyen casi todos nuestros escritores la fundación del de Itálica. Cean Bermudez, Ceballos, Matute y el autor anónimo del MS., del señor Diez, aparecen conformes en este punto.

No siendo Itálica cabeza de provincia, ¿cómo se atrevió á emprender obra tan inmensa, y que debió competir con las mejores de la Bética, y aun de las dos Españas? ¿No se explica esto por el favor especial de uno de los emperadores cuyas «cunas de marfil y oro rodaron» en su recinto? La hipótesis parece fundada, y aceptándola como tal, no seria descaminado el atribuir á Trajano la iniciativa, concediendo la honra de concluir el anfiteatro á Adriano el *Arquitecto*, como él mismo se apellidaba, si no fuesen obstáculo á esta conclusion las varias construcciones que en el edificio notamos.

De advertir es, por otra parte, que como Itálica no fue ciudad principal porque en ella nacieron emperadores, sino que allí *rodaron sus cunas* porque ya era principal, nada tiene de extraño que llevada del impulso de su propia grandeza y émula de las colonias *patricia* y *romulea*, capitales de los conventos cordubense é hispalense, pusiera los cimientos al edificio en cuestion después de Flavio y Tito, aunque

Trajanó le diese el principal impulso y Adriano acabase suntuosamente la *summa cavea*. Esta induccion parece tanto mas juiciosa y aceptable, cuanto que la obra no se llevó á cabo con la rapidez que la del famoso Coliseo de Roma, lo cual hubiera sin duda sucedido á ser su construccion iniciada por cualquiera de los dos Césares.

LAS WILLIS.

(TRADUCCION DEL POLACO).

¿Quién es ese bello jóven? ¿quién es esa jóven que lleva del brazo? Van á la claridad de la luna á lo largo de las ondas azuladas del lago Switez.

La jóven le presenta una canastilla llena de fresa; él la coge flores para su corona; él es su amante sin duda; ella es su amante tal vez.

Todas las noches á la misma hora se encuentran bajo la encina del Switez; el jóven es cazador en los bosques, ¿qué es pues la jóven? lo ignoro.

¿De dónde viene? en vano se querria saber; ¿á dónde va? nadie lo sabe; se levanta sobre el lago como la azucena de las aguas y desaparece como el fuego fátuo.

«Dime, dulce y hermosa compañera, ¿por qué esos misterios entre nosotros? ¿cuál es tu camino? ¿cuál tu habitacion? ¿quiénes son tus padres?»

«El estío pasa, las hojas se marchitan y la estacion de las lluvias avanza; ¿he de esperar siempre que vengas á las orillas del lago salvaje?»

«¿Por qué vagar siempre en los bosques como la corza tímida ó como el vampiro en la noche sombría? ¿Quédate mas bien con el que te ama, quédate conmigo, amada mia!»

«Mi cabaña está á dos pasos de aquí, en un bosquecillo de nogales; allí hay frutas y leche en abundancia; allí hay caza siempre nueva.

—¡Deténte, jóven audaz! Me acuerdo de lo que me ha dicho mi anciano padre: el lenguaje de los hombres es dulce como el canto del risueño, pero su corazon está lleno de malicia como el de un raposo.

«Es mayor mi temor á vuestras seducciones que mi confianza en vuestros juramentos; podria tal vez escucharte, ¿pero debo fiarme en tu constancia?»

El cazador dobló la rodilla, cogió un puñado de avena é invocando á las divinidades infernales, juró por la santa claridad de la luna.... Pero ¿hasta cuando guardará su juramento?

«¡Oh cazador! guárdate de violarle porque te digo en verdad: ¡desgraciado del perjurio! ¡desgraciado de él en esta vida y desgraciada de su alma en la otra!»

La jóven se alejó diciendo estas palabras; coloca la corona sobre su cabeza; saluda desde lejos al cazador y desaparece como habia venido.

En vano la persigue el cazador; no puede alcanzarla, porque las vueltas que da son muy rápidas; ha huido como la brisa embalsamada, abandonándole en la soledad.

El cazador queda solo y se vuelve por un sendero salvaje; la tierra blanda se hunde delante de él; el silencio reina á su alrededor; no se siente mas que la hoja seca que cruje bajo sus pasos.

Dirige miradas inquietas al lago, cuya orilla va costeano; súbitamente el viento gime en el espeso bosque; las olas se agitan y se levantan...

Se levantan, dan vueltas, se entrecabren, y de repente, ¡oh maravilla! una vírgen sale por encima de los abismos del Switez.

Su rostro es semejante á la rosa blanca impregnada con las lágrimas de la mañana; sus vestidos ligeros ondean alrededor de su cintura como un vapor diáfano.

«Jóven y hermoso viajero, dijo con voz melodiosa y tierna; cuando la luna brilla, ¿qué es lo que buscas en las orillas del Switez?»

«¿Por qué acordarte de esa jóven vagabunda que te atrae á mis bosques, te pone triste y melancólico y tal vez se rie de tus sufrimientos?»

«Déjate persuadir por una palabra dulce; deja esos suspiros y esas quejas. ¡Oh! ven, ven conmigo, bailaremos juntos sobre las olas azuladas.

«Ora quieras como golondrina ligera, tocar apenas la superficie de las olas ó como pez ágil y alegre jugar el dia entero conmigo;

«Y por la noche en un lecho de plata, bajo una bóveda de cristal, sobre las hojas blancas de las olorosas azucenas adormecerte en medio de visiones celestiales...»

Entonces, apartando su vuelo, dejó ver un cuello semejante al de un cisne, de una blancura resplandeciente; el cazador bajó tímidamente los ojos, pero la vírgen se acercó cantando y bailando y dijo: ¡ven, ven conmigo!

Unas veces da saltos por el aire formando un arco Iris que une las dos orillas, ó bien azotando las olas las dispersa en gotas brillantes.

El cazador llega y se detiene; querria lanzarse pero vacila... cuando una ola azulada le acaricia dulcemente los pies.

La vírgen le ruega y le acaricia; le llena el corazon de mil voluptuosidades, como cuando una amante casta y púdica estrecha en silencio la mano de su amante.

El cazador olvidando su amante y sus juramentos, embriagado de amor, se lanza hácia el abismo, seducido por el nuevo objeto que le encanta.

Corre y mira ¡oh prodigio! el elemento líquido le lleva sobre sus abismos; vedle ya lejos de sus orillas dando vueltas en medio del lago plateado.

Ya estrecha entre sus manos una mano blanca; sus miradas siguen miradas de fuego; su labio toca ligeramente un labio de coral; el mismo torbellino los arrastra...

En aquel momento sopla un viento fuerte; la nube cae; el prestigio se desvanece; el cazador reconoce de cerca á su compañera; ¡es la jóven del bosque!

«¿Qué has hecho de tus juramentos y de mis consejos? Te lo he dicho: ¡desgraciado del perjurio! ¡Desgraciado de él en esta vida! ¡Desgraciada de su alma en la otra!»

«Está bien que corras sobre las olas de plata ó que te bañes en las ondas brillantes, porque la tierra helada va á devorar tu cuerpo; tus ojos van á ser cegados por la arena,

«Y tu alma, al pie de esta encina sufrirá durante mil años el ardor eterno de los infiernos sin poder apagar la sed que la consumirá.»

El cazador la oye y quiere huir; dirige á todas partes sus miradas estraviadas; solo el viento gime en el bosque sombrío; las olas se agitan y se levantan... Se levantan, dan vueltas, se agitan hasta el fondo y arrastran al cazador en su torrente impetuoso; el abismo submarino abre una cavidad terrible; el cazador desaparece con su compañera.

Hasta el dia el torrente espumoso hierve y se agita; se ven aun á la claridad de la luna dos sombras fugitivas que se deslizan; es la jóven con su amante.

Ella corre sobre esta ola plateada, mientras que un alma en pena gime bajo esta encina. ¿Quién era el jóven? Un cazador del bosque. ¿Y la jóven? Lo ignoro.

ADAM MICKIEWICZ.

EL TREN-MUJER.

Yo entre el bullicioso afán de esta vida de vaivenes miro en las mujeres trenes, que cruzan, vienen y van. Si frente á frente me hallo de un revoltoso pimpollo, que aquí da la mano á un pollo, mas allá saluda á un gallo,

y va anunciando de gala, por si acaso hay quien se atreva; «se admiten novios á prueba» digo al punto «tren de escala.» Si atisbo á obesa mamá con cuatro niñas delante, que cada cual con su amante de amor discutiendo va, y detrás lleva dos crias, y al lado á un chiquillo hambriento; esclamo: «gran cargamento, paso al tren de mercancías.» Cuando en coche llego á ver sin que peque de indiscreto, en amistoso terceto marido, primo y mujer; que á él le gusta por lo visto tener la costilla á escote, digo para mi capote «pues señor, ahí va un tren misto.» Si hay cartitas de criada ya está en marcha «el tren correo» y abunda el «tren de recreo» de gente descarrilada. En punto á amorosas citas sobran trenes de parejas, *tren descendente* de viejas y *ascendente* de pollitas, y sus trenes de *primera* novias en que el oro abunda, las medianas de *segunda*, las tronadas de *tercera*, y en este vaiven eterno descarrilando del bien, la mujer es siempre el tren que nos conduce al infierno.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

HISTORIA NATURAL.

LA ESPONJA.

La esponja es un producto natural que todo el mundo conoce por el uso bastante comun que de él se hace en las casas; y sin embargo, es un cuerpo cuya naturaleza se conoce muy poco todavía, no habiendo podido los naturalistas, ni aun los modernos, formar idea exacta y clara de ella. Despues de haberla considerado como intermedia de los vegetales y de los animales, están hoy bastante acordes en colocar esta produccion en el reino animal, aunque diciendo que pertenece á los animales mas imperfectos y sencillos; en una palabra, que las esponjas presentan efectivamente el término de la naturaleza animal, ó lo que es lo mismo, que en el orden natural constituyen el primer anillo de la cadena que forman los animales.

Segun esto ¿cómo se han de poder considerar las esponjas, producciones de pólipos ó verdaderos políperos? Sin embargo, algunos naturalistas lo han pensado; mas no habiendo ninguno hasta ahora que haya podido ver á los pólipos, las ideas acerca de este producto singular han quedado vacilantes y oscuras, y la hipótesis aventurada que enumera estos cuerpos entre los animales mas imperfectos ha prevalecido, á pesar de la imposibilidad evidente de que unos animales, mas simples en su caso que las *mónades*, puedan dar origen á cuerpos tan compuestos y tenaces como las esponjas. Ya que la observacion de los animales que forman la esponja, nada enseña que pueda fijar las ideas acerca de la naturaleza de los mismos, conviene examinar los cuerpos en sí y ver si entre otras producciones de animales que se conocen mejor, se encuentran algunas que realmente sean inmediatas á la esponja por sus analogías.

Los que poseen ó han consultado colecciones ricas de alciones y esponjas, saben ó han podido observar que entre estas dos clases de cuerpos hay grandes analogías naturales y que á veces se halla gran dificultad en determinar á cuál de los dos géneros deben referirse ciertas especies que presentan las colecciones. Unos y otros son cuerpos marinos



El general francés Murat. (Dos de mayo de 1808.)

lijos, ligeros, de diversas formas y compuestos de sustancias de dos especies, á saber: 1.º Fibras multiplicadas, córneas, flexibles, mas ó menos delgadas, algunas veces casi imperceptibles y situadas de varios modos, entrelazadas, cruzadas ó reticuladas: 2.º Una carne que empasta ó cubre estas fibras, que se endurece y llega á ser como coriácea ó terrosa cuando se seca, y que segun las especies varía en su grueso, cantidad, tenacidad, porosidad, etc.

Los cuerpos cuya pulpa carnosa contiene mas partes terrosas y por tanto persiste despues de extraerlos del mar, tomando al secarse una consistencia dura, suberosa ó coriácea, han recibido el nombre de *alciones*; y los que tienen la carne muy gelatinosa, con pocas partes térreas y por consiguiente que se encoge, se desvanece y aun se escapa en parte cuando se les saca del mar, cuyas fibras córneas son muy grandes y se hallan, bien sea entrelazadas ó cruzadas, reticuladas ó adherentes entre sí, han tomado el nombre de *esponjas*. No hay, pues, mas diferencia entre los unos y los otros, que la mayor ó menor consistencia de la pulpa que empasta las fibras, es decir, la intensidad del carácter esencial de estos cuerpos: y este mas ó menos se advierte aun entre las especies de cada uno de los géneros en cuestion. Siendo esto asi, y consta que lo es por el exámen mismo de los objetos que ofrecen la prueba mas evidente, en fin, enseñándonos la observacion que los *alciones* son verdaderos políperos, puesto que muchos

de sus pólipos han sido observados y diseñados, no puede quedar duda alguna de que las esponjas son igualmente productos de los pólipos, y aun de pólipos que se acercan mucho á los alciones por sus analogías; por tanto, no son producto de los animales mas simples é imperfectos. Es claro que al hablar de alciones no se trata de esos animales compuestos, de cuerpo comun, gelatinoso y sin polípero que algunos han confundido con los alciones por su aspecto exterior, sino de los verdaderos alciones, esto es, de los que tienen polípero cuya estructura presenta fibras córneas, empastadas por una pulpa que se conserva y endurece cuando se seca. Estos son los que tienen con las *esponjas* analogías que no pueden negarse. Recuérdese ahora que los pólipos con polípero constituyen animales compuestos, cuyos individuos se adhieren unos á otros, se comunican, participan de una misma vida y tienen un cuerpo comun que continúa subsistiendo vivo, aun cuando los individuos, despues de haberse regenerado, perezcan y se sucedan rápidamente y se comprenderá que el cuerpo gelatinoso y comun de los *alciones* y *esponjas* y los pólipos que los terminan en todas partes, pueden llenar la porosidad de su polípero, como sucede en el cuerpo comun de los pólipos que forman las *astreas*, *madréporas*, etc. También se comprenderá que siendo este cuerpo comun y el de los pólipos que á él se adhieren muy irritable, deben contraerse repentinamente al menor contacto de cualquier cuer-

po extraño, como se ha observado en efecto; y en fin, que si en las *esponjas* la carne gelatinosa de estos cuerpos es muy trasparente, hialina, y en una palabra, no tiene color, los pólipos sumamente pequeños de su superficie deben escaparse á la simple vista, razon por la cual hasta ahora no se les ha observado.

Segun la teoría que queda espuesta, todas las observaciones y hechos conocidos concernientes á las esponjas, se esplican con facilidad y fijan incontestablemente las ideas acerca del origen y naturaleza de estos cuerpos. Se sabe que la *esponja* es un cuerpo blando, ligero, muy poroso, amarillento, gris ó blanquecino, y que tiene la propiedad de empaparse recogiendo mucha agua, la cual se hace salir de él comprimiéndole. Los antiguos, aun antes de Aristóteles, creyeron que estos cuerpos eran susceptibles de sentimiento, porque notaron en ellos una especie de estremecimiento y de contraccion particular cuando se les toca. Este hecho, que no puede ponerse en duda y cuya causa queda explicada mas arriba, dió lugar á un error, que á su vez produjo otro. En efecto, los antiguos y aun muchos modernos, sin reparar que la naturaleza ha formado en el reino animal varios seres compuestos, lo mismo que entre los vegetales produce muchas plantas compuestas, es decir, que se adhieren y comunican entre sí participando de una vida comun, han considerado á la *esponja* como un solo animal; este error les ha llevado á mirar este animal como el mas imperfecto de todos, y el que forma la cadena y tránsito que une al reino animal con el vegetal, por las algas, etc. (*Animal ambiguum, crescens, torpidissimum*, etc., segun Pallas.)

Ya queda demostrado el poco fundamento de tales ideas, y no hay para qué repetirlo.

Hay *esponjas* que presentan mucha aspereza en su tejido, porque se compone de fibras córneas muy ásperas y fuertemente aglutinadas en los puntos donde se cruzan y porque varias especies de las que se hallan en este caso, carecen casi por completo de la pulpa fugaz que empastaba sus fibras. Las demás especies, aunque presentan una corteza mas ó menos formada, no la tienen tan gruesa, dura y terrosa, como la que envuelve el tejido fibroso de los alciones. Los agujeros bastante grandes que se ven diseminados en diversas esponjas, no son celdillas de pólipos, sino vias de comunicacion, que facilitan una via comun para las salidas de varios pólipos, y para que el agua llegue hasta ellos. A veces algunas escavaciones que se observan son el resultado de cuerpos extraños, alrededor de los cuales se han desarrollado los pólipos, ó bien cavernosidades útiles á la vida de los pólipos que tienen salidas á ellas.

PENSAMIENTOS.

De mis lágrimas nace una multitud de flores brillantes, y mis suspiros se vuelven un coro de ruiseñores.

Y si tú me llegas á amar, niña mia, todas esas flores serán para tí, y á tu ventana resonará el canto del ruiseñor.

Enrique Heine.

El principal deber del hombre es despreciar el dolor y la muerte. Bajo esta condicion seríamos dueños de nuestra virtud, y seríamos hombres.

Cicero.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasa-
saje de Matheu.

En provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

ADRID: Imp. de Gaspar y Roig.